

PEPE

Una de las últimas veces que vi a Pepe hará unas tres o cuatro semanas -no sería la última, volvería a verlo por lo menos en dos ocasiones subsiguientes- me dijo algo que en cierto modo me sorprendió. Me comentó que había comenzado a releer En busca del tiempo perdido de Proust. Pepe ya estaba herido de muerte. Y a pesar de que uno podría percibir que una parte suya aún se resistía a procesar esa terrible información (todos los que estuvimos cerca hasta el final podemos atestiguar las inmensas ganas de vivir que lo asediaban), había otra parte en él que asumía las graves consecuencias de la noticia y que buscaba, como si estuviera andandando a tientas en la oscuridad, modos de irse preparando para lo que, en palabras tan sabias y sobre todo serenas como las que repitió anoche su hijo Pablo, sería "llegar a ese momento límite".

Me llamó la atención la noticia de su relectura de Proust por dos razones: primero porque en el transcurso de tantas conversaciones sobre temas literarios -y de esas tuvimos muchas y memorables- no recuerdo que jamás distinguiera de algún modo especial al novelista francés. Segundo, porque el repaso de su larga novela fue el primer indicio, más allá de toda duda, de que Pepe sabía o intuía que estaba en las proximidades de la muerte. Hace ya muchísimos años, luego de un accidente que la puso al borde de la muerte, una amiga me había dicho que pasó los largos meses de recuperación en cama leyendo En busca del tiempo perdido,

Luego de esa conversación con Pepe, regresé a mi casa ciertamente conmovido. ¿Qué tiempo perdido quería buscar Pepe en ese trance tan grave en el que se encontraba? ¿Qué tiempo podría

encontrar, este amigo tan querido, que fuera de algún modo recobrado, y qué tiempo estaba más allá de todo alcance, irremediablemente perdido, sombra, humo, nada, como han dicho los poetas?

Es sabido que el título de la novela de Proust apunta en dos direcciones diferentes. Se busca en primera instancia el tiempo perdido, el que hemos vivido intensamente pero que se nos ha esfumado entre las manos, el que nos ha dado vida y ha conformado lo que somos pero que también, como ha dicho Borges, “nos desgasta, incesante”. Y está el “otro tiempo perdido”, el que dejamos pasar, el que no aprovechamos, el que involucra los proyectos soñados o entrevistos pero no realizados, el que nos deja con una inquietud acaso mayor que el otro, porque a ciertas alturas de la vida nos tiñe de una nostalgia y una melancolía que no nos abandona fácilmente.

Y entonces me pregunté, ¿cuál de los dos tiempos estaría buscando Pepe ya en la antesala de la muerte? Y me preguntaba con insistencia porque meditar sobre la muerte de un ser querido es también y necesariamente meditar sobre la propia muerte. Esa perplejidad me llevó, entonces, más que a reflexionar a imaginar esos dos tiempos en la vida del amigo. He señalado que el primer tiempo, el que nos ha colmado de experiencias, dulces o amargas, de algún modo nos conforma, determina quién y cómo somos. Ese tiempo está encarnado en nosotros y está “recuperado”, lo sepamos o no, porque está inscrito en nuestras actos, en nuestras ideas, en nuestros afectos. Estamos hechos de tiempo. El modo de ser de Pepe, su delicadeza en el trato, su plena vocación de académico, de escritor, de hombre interesado en el medio no sólo cultural sino social y económico en que nos desarrollamos y discurrimos, testimonian de sobra un tiempo con creces recobrado. Tiempo definitivamente salvado en la configuración que fue y , porque los

testimonios perduran, es aún Pepe. ¿Y el otro tiempo, el que dejamos pasar de lado porque o no quisimos o no supimos aprovecharlo? Ciertamente ese tiempo puede presentarse como irremediablemente perdido, del todo irrecuperable.

Bien pensado, en la vida de Pepe ese segundo tiempo parece triunfantemente también recobrado. En lo que yo tuve el privilegio de testimoniar, todo parecía aprovechado. Había tiempo para la enseñanza, para los menesteres de la administración académica, para la publicación de libros que eran logros intelectuales, para el tribunal de la Haya, o el tribunal Russell o la Comisión de los Derechos de los Pueblos, la lista es larga. Pero o se sacaba o se inventaba tiempo para prodigar una actividad humana que nos consume pero que también nos reconfigura o nos enaltece. Me refiero aquí al amor y a esa otra forma del amor que es la amistad. Prodigó el amor a sus esposas y, como Luce apuntó anoche, tuvimos el privilegio de atestiguar personalmente cómo se lo ofreció a manos llenas y desinteresadamente a Alicia. Lo prodigó a sus hijos y a su demás familia. Y nos ofreció a los amigos un tiempo precioso. Cuántas veces no me llamaba por teléfono con el único fin de saber qué estaba haciendo, qué proyectos tenía, qué temas estaba en vías de trabajar. Porque la amistad de Pepe, como también la de aquella inolvidable amiga Nilita Vientós, no se limitaba por mucho a la conversación ociosa que tantas veces caracteriza las relaciones amistosas. Apuntaba casi siempre a la acción, era un estímulo y un acicate para hacer cosas, en rigor, para salvar el tiempo. Lo último que recuerdo en vida suya fué lo que me dijo en el transcurso de la última conversación que sostuvimos hace escasamente una semana. Me repitió algo que ya sabía: Francis Schwartz lo había nombrado a una comisión de Derechos Humanos de la Facultad. Estaba

contentísimo con el nombramiento y me habló de los planes que tenía, imagínense, para febrero próximo.

Nada se ha perdido. Eso lo confirmaron las bellísimas palabras que nos ha legado como testamento y que han sido leídas públicamente por sus hijos. Quien en el momento del límite puede juzgar su vida esencialmente completa y atestiguar que se siente feliz nada perdió. Y nada perdió, además, porque nos ha dejado tantas y tantas otras cosas. Ricardo Gullón una vez me dijo “Arturo, yo hablo todas las noches con mi padre, que murió hace más de cuarenta años.” Es sabido que Borges cada vez que llegaba de un largo viaje hablaba con su madre. Con frecuencia yo hablo con mis padres, con Nilita, con mis seres queridos. Pepe, tu voz por el momento se ha extinguido, pero yo he de seguir hablando contigo y esa conversación siempre estará fundamentada en el amor y el agradecimiento que te extiendo no sólo a nombre mío propio sino a nombre de todos los puertorriqueños.

-Arturo Echavarría